

AMOR DE CIUDAD GRANDE¹

*Cuando queremos ver nuestro rostro
tenemos que verlo en la superficie
del espejo y si queremos llegar al
conocimiento de nuestro propio ser,
tenemos que mirarnos en el amigo.
Porque el amigo es, (...) un alter ego,
otro yo.
Aristóteles*

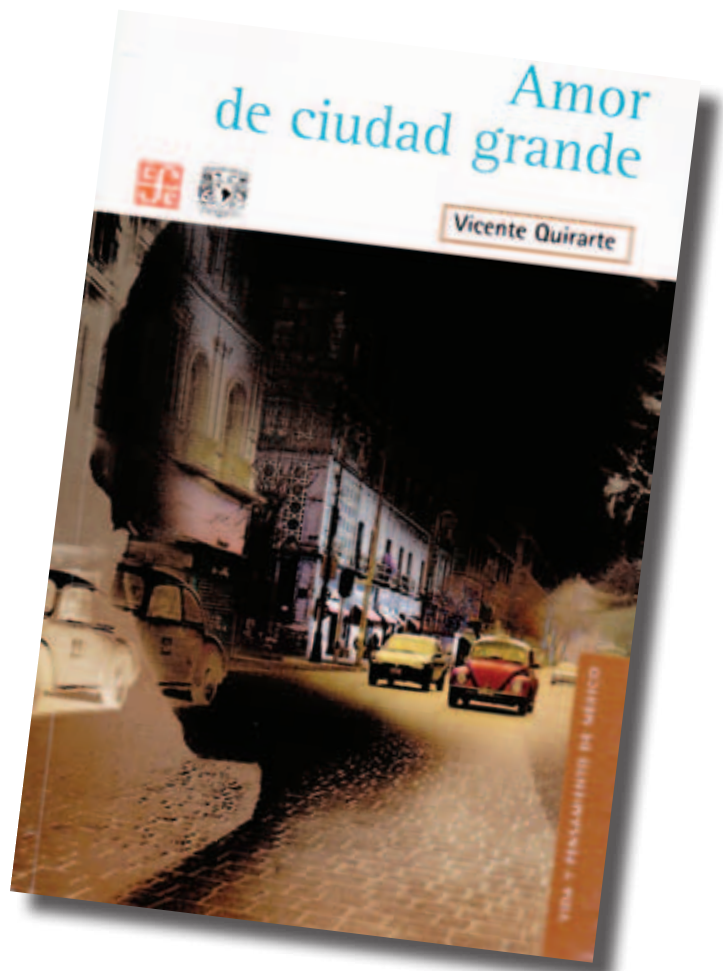
Vicente Alonso Ibarra

Nos convocan el día de hoy, la arquitectura y la poesía, oficios inmersos en embellecer y precisar la sintonía de la memoria con la mirada, tal como en éste *Amor de Ciudad Grande* de Vicente Quirarte. Memoria y mirada perfilan el territorio común entre la literatura y la arquitectura, entendida esta última —según palabras de otro querido amigo, Antonio Fernández Alba, arquitecto y académico de la lengua— como acontecimiento de expresiva carga poética... la cual se expresa desde las incertidumbres del espacio, el discurrir del tiempo y las metáforas para edificar la morada en secuencia de espacio, tiempo y palabra.

La arquitectura, vinculada a sus orígenes, se entiende —continúa diciendo Fernández Alba— como un itinerario de invenciones, de iniciativas figuradas y creativas que anticipan ámbitos espaciales apropiados para la biografía del ser. Mismas que concurren a configurar por mediación del espacio en un cúmulo de ensoñaciones de solidaria existencia, para así construir la nueva morada en armonía con los tiempos del verbo —pasado, presente y futuro— constituidos como tiempos fundamentales del discurso de la arquitectura.

Para mí, esta reunión representa la continuación de la visita que nos hizo Vicente Quirarte en fecha no lejana a la Academia Nacional de Arquitectura, en sesión sobre “Conservación y Valor del Patrimonio construido”, en la que nos iluminó y alegró con sus visiones y comentarios, que nos permitieron deambular entre lo uno y lo diverso con generosidad y sabiduría.

El libro que hoy nos ocupa es hermano de otros dos del mismo autor: *Elogio de la calle: Biografía literaria de la*



ciudad de México (2001) y *El peatón es asunto de la lluvia* (1999). En estos libros, así como en el que ahora comentamos, Vicente Quirarte nos invita a deambular en su compañía, observando al observador que a su vez deambula y observa en un devenir borgiano, mira y nos ayuda a mirar, con su verdad de poeta. Cito a Quirarte:

Leer una ciudad, particularmente aquella en que vivimos, es acto de amor y conocimiento. Criatura cambiante e imprevista, letal y dadivosa, al descifrar sus signos no sabemos si luego de semejante atrevimiento llegaremos a saberla, cuestionarla, rechazarla. O amarla contra todo. Leemos la ciudad al caminarla, al descubrir su rostro inédito, al trazar el mapa de nuestro tránsito por ella, una vez que nos concede volver a casa para soñar con reincidir en el diario combate. La ciudad como gran casa; la casa como pequeña ciudad, según el precepto de Leon Battista Alberti.²

¹ Presentación del libro *Amor de Ciudad Grande* de Vicente Quirarte (Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México, primera edición, 2011).

² Vicente Quirarte, *Amor de Ciudad Grande*, p. 15.

En *Amor de ciudad grande*, Cervantes es convocado por nuestro autor, de quien nos relata: “tenía deseos e hizo gestiones que resultaron infructuosas para venir, a pesar de considerar que los navíos de la época eran una cárcel ambulante donde toda incomodidad tiene su asiento y todo triste ruido tiene su habitación”. (Cualquier similitud con el transitar actualmente en automóvil en esta ciudad es pura casualidad).

Quien sí cruzó el Atlántico y cabalgó pronto en la ciudad de México, fue Don Quijote. En el tercer milenio —narra Quirarte— una célula igualmente heroica y definitiva, denominada los citámbulos, concibe a Rocinante y el manchego lanza en ristre a punto de atacar un rebaño furioso de microbuses, plaga y necesidad de una urbe incapaz de resolver sus problemas, pero en cuyo vientre existe sitio para el milagro o la hecatombe.

En su capítulo “La Invención del *Dandy*” vamos de la mano de Francisco Zarco con la idea que expresa en “Sobre el objeto de la literatura”, de cómo, en su práctica debería el escritor “enseñar verdades luminosas” y dar un poco de fe y esperanza a los que pacen en la tierra, y esa es —continúa diciendo— la misión de la literatura en nuestros días. Para Zarco —nos recuerda Quirarte— la ocupación del caballero es mirar, analizar y estudiar en el libro abierto de la urbe, explorar su rostro oculto y a partir de esto crear una poesía de perfumes y miasmas, aberraciones y epifanías. El poeta reivindica la calle, no sólo como vía de tránsito para llegar a su destino, sino como espacio recorrido con la lentitud y el disfrute con los que descubrimos el cuerpo, sus secretos y novedades, sus olores y sus sorpresas.

Esta descripción que hace nuestro autor de la labor de Zarco, se ajusta a la perfección a su propio quehacer. El libro contiene afortunadísimos encuentros y sorpresas divertidas que nos llevan, con mano generosa y amable, a través de todos y cada uno de los capítulos, por vericuetos secretos en los que encontramos a los más diversos autores (nativos o visitantes), que han hecho de la capital personaje o escenario. Quirarte nos refiere que ya en 1921, Ramón López Velarde, devoto lector, usuario e intérprete de la ciudad, escribió al referirse a ella: “En piso de metal / vives al día / de milagro / como la lotería.” También relata cómo Machado nos enseñó la diferencia entre “los eventos consuetudinarios que acontecen en la vía pública” y la eficacia literaria de “lo que pasa en la calle”.

Quirarte se vale del término “citámbulo” para aproximarse al *dandy* o *flaneur*, el que deambula por la ciudad, pero a mí ese término me inquieta un poco, pues bien puede remitirnos (en esta palabra valija, como decía Ulalume González de León) no al que deambula sino al sonámbulo urbano y si nos atenemos al diccionario veremos que

“sonámbulo” es la persona que padece de sueño anormal, durante el cual se levanta, anda y habla y realiza actos que no recuerda al despertar.

Tristemente, ésta acepción es compatible con el devenir cotidiano del habitante de nuestra metrópoli. El sujeto de la ciudad, convertido en mero espectador pasivo —asevera el sociólogo Daniel Innerarity— es un ser urbanísticamente confinado por redes viales, desarrollos de especulación canibal, contaminación e inseguridad. Su devenir público, su desempeño y expectativas, así como su identidad personal y política, se pre-configuran y programan. El principio fisiológico e intelectual que rige su acción de mirar es la inmovilidad física, apatía mental y emocional; que culmina en un conformismo fatalista.

Cuando el espacio público, en gran medida, se ha privatizado, y los centros comerciales se constituyen en el lugar de reunión de miles de personas en las que la identidad está incorporada al consumismo y al vivir de prestado: se es un sujeto ajeno. Vivir sin saber donde se está es peligroso, pero inventarse un falso sitio donde se cree estar: es peor.

Cuando nuestros gobernantes hablan de “Autopista Urbana” y ni siquiera se dan cuenta de lo absurdo y criminal del término; cuando hay que tener firme propósito, hacer planes, tomar precauciones de todo tipo... y aun así... es frustrado nuestro intento de movernos por la ciudad; cuando la espontaneidad se ha perdido... y los nervios afloran; cuando todo esto y otras cosas más, son nuestra cotidianeidad: llegó el momento de luchar por recuperar las ciudades perdidas, por recuperar y ejercer —siguiendo a Vicente Quirarte— nuestro amor por esta ciudad grande.

Y para concluir, leeré los versos con los que concluye nuestro amigo su poema “Plaza Mayor”, también incluido en “El peatón es asunto de la lluvia” y en los que aparecen mis compañeros más modestos:

Dan ganas de decirle a la ciudad / lo que el coro festivo de albañiles / a esa mujer madura pero hermosa, / cuando el arte mayor de sus tacones / parte la plaza vespertina / “Todavía, Señora” ❏

Vicente Alonso Ibarra (Ciudad de México, 1942). Arquitecto por la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestro de Proyectos y Teoría en la Universidad Nacional Autónoma de México, la Universidad Autónoma Metropolitana y la Universidad La Salle. Catedrático visitante en la universidad de Arizona, Tucson. Participante en cursos en el Massachusetts Institute of Technology (MIT). Es Presidente del comité de becas de posgrado “Vladimir Kaspé” y miembro de la Academia Nacional de Arquitectura. Ha realizado más de 60 proyectos: habitacionales, comerciales, industriales, instalaciones deportivas y turísticas.